

Vida y obra de un avestruz

J Roco



Capítulo 1

Ella trabajaba en aquella universidad por la rama de la sociología. Entre otras cosas, a veces dedicaba su tiempo a estudiar el comportamiento humano en situaciones de excitación y expectación emocionales. Para ello y entre otros tantos absurdos a mi parecer, aquel día reunió a sujetos jóvenes de ambos sexos y los sentó en una gran sala destinada a exámenes separando imaginariamente a las mujeres en un lado y a los hombres en otro. Una vez tamizados, los dispuso a todos en filas de uno, tal y como lo haría don Agustín en la repesca de septiembre. El asunto consistía en emparejarlos, recorrer el pasillo de mesas frente a las miradas y comentarios del resto, hacerles entrar en un cuarto situado al fondo del aula acomodado con una cámara y unas luces en penumbra, y los diez minutos que permanecían allí tenían que cundirles para establecer una primera toma de contacto que acabase en un desenfreno de besos cuya pasión dependía de cómo fuese la estrella de los sujetos.

El emparejamiento era simple. Te tocaba con tu simétrico cogiendo como punto P tu asiento y como eje de simetría la línea imaginaria de antes, resultando P' como el afortunado que renunciaría a casi toda subjetividad para involucrarse en la húmeda tarea de recorrer con la punta de su lengua los surcos de unos labios ajenos, la burbujeante superficie de la lengua o las gustosas encías con sabor a victoria moral en caso de que el chico o la chica resultasen ser agraciados. Pero mi madre, que siempre ha sido muy cabrona para estas cosas (una mezcla de ociosidad mal gestionada y un divorcio agotador), para darle más expectación traducida en resultados más interesantes cambiaba de sitio a las chicas, generalmente a las más guapas. Y claro, imaginaos el poema bilioso de Góngora a Quevedo que era la cara de aquel diablillo imberbe cuando descubría al amor de su vida levantándose éste a cámara lenta y todo alrededor suyo se apagaba, perdiendo por el camino hasta el más despreciable y minúsculo matiz de sonido. Lo que peor se lleva de esto no es la lamentable pérdida, ni tampoco el posible babuino pelado que la diosa Fortuna coloca a veces a placer con la mera intención de metértelo por tu bostezado y escaldado culo, no. Lo que peor se lleva con diferencia es el sentimiento de impotencia que te invade cuando despiertas de aquel traumatizante trance y ves que estás recluido en una sala abarrotada de gente de tu edad que te tacharían de rarito al mínimo atisbo de indignación, la cual está sonoramente acomodada para que hasta el grito más sordo haga retumbar sus cimientos. Y eso no mola, mamá. Eso no mola nada.

En cuanto al personal roedor, pues lo típico. La mayoría eran alumnos de primero y quizás algún que otro de segundo, arrastrados a la inmundicia por las zanahorias del "tendré en cuenta el alistamiento voluntario (a veces habla muy a lo ARMY)", los titulillos expedidos de forma expés que acreditan lo lameculos que eres y dos o tres ventajas más. Este método

hacía las delicias de los departamentos de pruebas de las grandes empresas farmacéuticas. Y oye, era económico y efectivo, que al caso es lo que se buscaba. Aun así a veces no había voluntariado suficiente, así que debido a la fama que le precede y al ser apodada en la sombra por colegas y colaboradores como la reina social, tenía garantizada la ayuda de otras escuelas y facultades cuando ésta era necesaria.

Y cuando todo eso fallaba, recurría además a mí, su hijo, y a mis amigos. Esa tarde mis colegas tenían cada uno una historia digna de las páginas de Poe que presuntamente les impedía acudir a la cita, por lo que tuve que sacar a relucir mis agallas e ir yo solo.

Aquel día el ambiente era perturbadoramente relajado y tranquilo para como solían ser esas matanzas del alma. Me situaba en una de las primeras filas, a la derecha del todo (siempre me ha gustado sentarme al lado de las ventanas) y mataba el tiempo charlando entre risas, pitos y flautas con los colegas de mi madre, buena gente. Notaba como las mesas vecinas me tiraban flechas etéreas que me atravesaban la sien en busca de la curiosidad que una espera tan aburrida proporciona a la mente ociosa, pero a mí unos niñatillos no intimidarían mi no saber estar. Habían pasado ya cerca de dos horas y la maestra de ceremonias vestida de luces todavía no me había llamado a formar, así que:

-Joder, David, ¿cuánto llevamos ya? –pregunté con impaciencia.

-No sé, tío, casi dos horas –respondió sin levantar la vista mientras revisaba un cantidad aceptable de papeleo acumulado en su mesa-. Ya sabes cómo va esto... –continuó levantándose la mirada mientras acomodaba las patillas de sus gafas en el puente de su nariz.

-Espero que al menos me toque canela en rama. Con la malicia que tiene seguro que me coloca a la más fea.

David rio conteniéndose y, sin apartar la vista del formulario que evaluaba, me hizo un ademán con la mano para que me callase. Transcurrido apenas dos minutos la ociosidad me atacó de nuevo y, harto de aporrear la mesa como si fuese un tambor, le pregunté.

-Oye, voy a... –dije haciendo un gesto con el índice y corazón.

-Qué cabronazo –contestó riéndose-. Venga, va, pero no tardes que te va a tocar ya mismo.

-Por cierto –dije mientras me levantaba dispuesto a abandonar el aula-, vi el otro día al Dani cuando... en mi visita rutinaria, que dice que te pases cuando tengas tiempo, que tiene cositas nuevas para ti.

-Lo sé, me llamó el otro día pero últimamente estoy que voy de casa al trabajo y del trabajo a casa y no tengo tiempo para tomarme cerveza, y mucho menos para... -se interrumpió mirando a ambos lados y bajando la voz- aliñarme la existencia.

-Bueno, pues si quieres lo que sea, me lo dices y voy yo por ti.

-Sería muy amable por tu parte -dijo con una sonrisa.

-Hostia pues eso estaría de puta madre.

-Ahora vengo, anda.

-No tardes, ¿eh? -me dijo alzando la voz cuando estaba a punto de doblar el marco de la puerta.

María y yo. Yo y María. Me encanta sentarme en algún poyete escondido para que la sensación de seguridad no desaparezca y, cascos conectados al móvil, porro en mano y yo, fusionarnos con la argamasa de calor que te transmite el sol cuando más encabronado está. Me gusta sentir las collejas de aire caliente que me propina en la oreja izquierda a las cuatro de la tarde, y notar como me da el bajón de tensión por la mezcla de tantos antiguos factores de apalancamiento reunidos veinte años después, gordos y lentos, contándose sus insulsas y fotocopiadas vidas para determinar de manera individual quién la tiene más grande. Pero aún me gusta más cuando voy por mi tercera o cuarta calada y la sed me trepa armada con crampones y piolets por la garganta, ronca y reseca, producto de haberme quedado con la boca abierta pensando en Einstein calzando unas babuchas peludas y sobrevolando su arcoíris hipnotizante de relatividad, o el simple y aparente hecho de lo grandes que son mis manos. Y cuando recupero a mi ser espiritual que se ha ido a dar una vuelta por la gruta que he dejado entreabierta, me vuelve loco cuando escucho el sonido que hace la lata de Coca-Cola al descubrir su contenido, convirtiéndome en uno de los perros de Paulov. Y justo cuando creo que nada puede mejorar, un tsunami cobrizo se abre paso saludando apresuradamente a mis dientes para irrumpir con refrescante sorpresa y sabor en esa pseudo sala libre de olores y caries. Y notar como la imparable fuerza de la naturaleza arrasa sin piedad y con vehemencia a aquellos temerarios, soberbios y cabrones seres con mujer e hijos, sacados de un relato de Jonathan Swift que picoteaban con vacío y furia la pared vertical de mi gástrico. Y después del gratificante trago, aquella sensación de como una gran burbuja de aire escapa de los restos de un naufragio, hundido en lo más profundo de las fosas marianas, y sale a flote a bocajarro siendo el continente de los alaridos de temor al más allá de aquellos pobres hombrecillos; todo ello transcrito en la onomatopeya de un sutil, disimulado y espumoso eructo que me llega hasta las fosas nasales, disolviéndose en el concepto de libertad, como si de una deflagración se tratase. Luego, levantar la vista sin que el sol me corte el

rollo y exclamar para mis adentros, <<iqué bonita es la vida!>>.

Cuando regresé de mi viaje astral habrían pasado como cuarenta minutos y salí escopeteado para la facultad pensando en paliza.

-iHostia, David, lo siento mucho! Se me ha ido la olla.

-No me explico cómo eres tan tonto –dijo con una mezcla de desaprobación y nostalgia en su mirada-. Ven aquí, anda.

Me fijé en la sala y se veía que los propios alumnos habían recogido la gran mayoría sus cosas y habían puesto las mesas en su sitio para irse después. Touché, mamá, una gran metáfora para describir al mafioso que obliga al inocente reo a cavar su propia tumba en algún parque infantil.

Me acerqué al grupo de personas que quedaban para ver si me quedaba algo por hacer allí, a lo que me interceptó mi madre.

-¿Dónde te has metido? –dijo con una pasividad más gélida que el grito más iracundo.

-Pues nada, estaba por ahí dando una vuelta... -acerté a decir.

-¿Ahí dónde?

-iPues por ahí, joder, que todo te lo tengo que explicar! –le espeté con furia en un pequeño arrebató.

-Bueno, escúchame –dijo para obviar mi forma de ser-, quedan unos cuantos, ponte con ellos y ya te vas.

Desvié la mirada a donde su dedo intuía y me vi colocadas ocho mesas con sus respectivas sillas dispuestas de forma que al sentarse quedabas cara a cara con tu orejuda pareja. Me senté. Algunos sitios estaban vacíos, y los que nos encontrábamos en ese lujurioso y espeluznante juego mental éramos un grupo formado por dos hombres y tres mujeres. El primer sujeto, un tío con cara de noblote y conversación fluida, estos tíos que quieren ser amigo de todos y acaban dando muy mal rollo. El segundo, una morena ausentada por mirar a través de la ventana como dos pájaros tenían su pelea diaria marital (me gusta pensar que los pájaros también tienen relaciones) por un pedazo de pan que los viejos desperdician en las nauseabundas ratas del aire. Una exuberante pelirroja a media melena con unas cejas extrañamente bonitas sin manufacturar, que resultaba que se encontraba ahí por el despecho y dolor que le produjo ver a su novio liarse con un putón cateto y verbenero de libro. Como cuarta opción, una pija y rubia de bote que no le importaba que se le vieran las raíces más negras que los cojones de un grillo, de éstas

simpaticonas y con resultados sociales inmediatos. Y por último, yo.

El noble y casto, con aires de superioridad simpática, típico gilipollas creyente y hacedor de hazañas, devorador de mundos, me introdujo en la conversación con un leve apretón de manos.

-Hola, ¿qué tal? Yo soy Gregorio. Éstas son Gloria (negro), Alicia (rojo) y Marta (amarillo).

Sin casi desviar la mirada de la pelirroja e intentando que no se me trabase la lengua haciendo gala de un esfuerzo titánico para que no sé me cruzara en el habla ninguna de las fantasías, patrocinadas por puros don Julián nº 5, que estaba teniendo con aquella despampanante belleza sacada de un vídeo de dos rombos, dije:

-Eh... hola, ¿qué tal?

Una vez hechas las presentaciones e introducida la leve conversación, sin previo aviso, sucedió algo que cambiaría mi plan para la tarde y posiblemente el comienzo de una nueva etapa en mi vida.

Intervino Marta, la rubia a la que le había cogido manía durante la conversación, porque si algo me caracteriza, es mi don para la presunción y la superficialidad, lo admito.

- ¡Oye, qué pelo tan bonito tienes! -dijo mientras empezó a acariciarlo sin pedirme permiso.

- ¡Es súper suave y liso! Si lo tuvieras un poco más largo tendrías un pelo muy bonito.

Entonces, debido a ser virgen en esto de recibir cumplidos y al inesperado y bizarro piropo, desvié por primera vez la atención de Alicia, siempre guardando apariencias e intentando no participar demasiado. Es la carga que deben arrastrar las que están buenas y son conscientes de ello, por eso la mayoría son tan aburridas.

- ¿Sí? Pues gracias, supongo.

A mi respuesta Marta le esbozó una sonrisa sincera, y fue solo entonces cuando caí en un importante dato que me llevaría unos interminables segundos de incómodo silencio (para ellos) en el que traté de elaborar una respuesta razonada.

De repente, a un paso de la locura que produce la maría cuando me autozancadillo verbalmente, y que estaba pensando en lo jodidamente guapo que sería que existiesen los dinosaurios, caí en la cuenta de sus ojos. Tenía a simple vista unos ojos azules propios de un mutante nórdico.

Pero con la ayuda de las drogas, a veces extrapolas ideas y tienes una visión del mundo increíble, una lástima que pase muy de vez en cuando. Tenía un degradado de tonalidad precioso, recorriendo lo sombrío desde el interior, casi fusionándose con la oscuridad y paz que transmite cualquier pupila; y saliendo hacia fuera, una lluvia de azules desde el más intenso hasta el más claro conforme te alejabas del centro geométrico. La guinda del pastel era sin duda el aro de un verde oscuro e intenso que tenía en los bordes de ambos iris. ¿Bonito verdad? Por suerte o por desgracia, aunque todo eso pasó por mi cabeza en aquel puñado de segundos, le respondí con la cosa más banal, insulsa y regala oídos de todas.

Fue entonces cuando le devolví, pensando en venganza (al menos a mí me pareció en el momento una forma de vengarme), el gesto anterior del pelo y cogí con la diestra su mandíbula, la alcé levemente sin decir nada y me quedé observando sus ojos para añadir al cabo del rato:

-Pues... tú tienes los ojos muy bonitos.

Finalmente me asaltó el valor desinteresado y dije, para ver qué pasaba si... A todo esto, los demás nos miraban avergonzados e incrédulos de lo que estaba pasando, sobretodo la pelirroja. Ésa sí que no se lo creía. Y es normal, porque estas cosas nunca pasan. Jamás de los jamases, ni aunque te bañes con botellas llenas de suerte líquida.

Como iba diciendo, finalmente me asaltó el valor desinteresado, y sin andarme con rodeos pero con la picaresca de un roedor, se lo pregunté.

-Oye, ¿qué te parecería si nos levantamos sin hacer mucho ruido y nos vamos a un bar que conozco a hacer un estudio sociológico sobre cómo afecta el alcohol a las relaciones sociales a personas con edades comprendidas entre los veintitrés –dije señalándome a mí- y los...? –dije señalándole a ella.

-Veintid... –respondió despacio.

-iVeintidós! –grité-. Veintidós. Iba a decirlo ahora mismo –señalé recobrando la compostura.

-Si me lo dices así, me parece bien –dijo riéndose y con la cara aglutinada de sonrojo.

Inmediatamente nos levantamos, dejando al tío ese y sus compañeras de juegos en la mesa, mirándonos atónitos, todavía sin saber qué cojones acababa de pasar. Como cuando a un conejo le pones las largas en la demonizada, fría, oscura y desarropada noche. Porque la noche, como las drogas, son idénticas.

-Y eso es todo, agente -le dijo el chico al hombre uniformado.

-Bien -contestó-, eso explica el porqué de la castaña que lleva tu amiguita... -Hizo una pausa para volver a inspeccionar a Marta, que se encontraba esposada e ida mientras el bajo de una pared meada sostenía su cabeza; con el pelo vomitado, el labio amoratado y unos sanitarios pinchándole la B12-, pero en absoluto explica el que mis compañeros os hayan dado el alto cuando os han encontrado a ella y a ti por la carretera, montados en un avestruz con riendas improvisadas con tiras de cinta aislante, bolsas de basuras puestas como si fueran turbantes, tu cara llena de heridas, tu camiseta con manchas de sangre y todo eso mientras, aquí, la domadora de fieras -decía apuntando con el pulgar hacia la chica-, de paquete en el avestruz, perseguía a los transeúntes atizándoles con un consolador rosa fosforito, del grosor de un bostezo y con más estrías que las tetas de mi mujer. Y bien -concluyó la retahíla de lo acontecido mientras acababa de rellenar la denuncia-, ¿cómo explicas todo esto, chico?

Y sin mediar palabra, encogió los hombros, alzó las palmas extendidas, abrió mucho los ojos, sacó el labio inferior, recogió el superior y puso cara de tonto.

Capítulo 2

-No estoy de acuerdo, lo que dices no tiene ningún sentido.

-Claro que lo tiene, si no, ¿cómo íbamos a poder sobrevivir ante una amenaza así?

-Eres muy radical con tus opiniones -dijo Marta sonriendo, estrujándole la punta de la nariz con los dedos-, vas listo si crees que puedes ser así conmigo.

-¡Déjame! -exclamó el chico haciendo un aspaviento con la mano.

Desde que se fugaron del aula habrían pasado cerca de dos horas, tiempo que habían empleado en conocerse a fondo a base de vaciar una jarra tras otra. Oficialmente, él era reponedor en un supermercado de barrio, y como la miseria que le pagaban no era suficiente para pagar su vida de perro, extraoficialmente había acomodado un armario empotrado de su piso alquilado para dedicarlo al cultivo de hierba. Su estilo dejado y su cuerpo flaco y escueto le hacían ver como a un tirado de los que hacen que las viejas aprieten el bolso contra sus tetas caídas nada más divisarlo.

Ella por el contrario era su total opuesto. Esprintando tercero de psicología, vivía de sus padres compartiendo un piso en el centro de Madrid con tres compañeras más. Su armario no albergaba cosas estrambóticas ni de legalidad cuestionables como maceteros, tierra o fertilizantes. Más bien era un armario de roble, grande y robusto, con sendos espejos en ambas caras interiores de las puertas del mismo. Una pequeña luz instalada dentro de él iluminaba a placer un vasto surtido de maquillaje, una amplia colección de zapatos ordenados por orden de más a menos planos y sobre las barras colgaban todo tipo de prendas con las que toda chica de cartera triste soñaría. Desde luego, eran armarios totalmente distintos, así como sus personalidades.

-Voy a pedir, ¿quieres otra? -preguntó el chico.

Marta le miró con expresión centelleante mientras se acariciaba pensativa y de dentro hacia afuera las raíces negras de su pelo rubio.

-¿Otra más? Estoy algo achispada ya. No estarás intentando emborracharme, ¿verdad? -preguntó sonriéndole con coqueteo.

-De eso se trata al fin y al cabo todo esto, ¿no? -dijo con chulería.

-¿El qué?

-El estudio sobre las interacciones sociales del alcohol, o como cojones lo haya llamado las veces anteriores.

-Bueno, si es por la ciencia..., no me queda otra opción que aceptar esa jarra.

-Que te quede claro -dijo cogiéndole con la suavidad justa una de sus muñecas-, esa mierda que hacéis, ya sea psicología, sociología o lo que sea, no es ciencia y nunca lo será; os pongáis como os pongáis.

Al oírlo, se soltó de su garra con un manotazo y le cogió de la camiseta por el cuello.

-Mira, subnormal, cuando vuelvas de mezclar esa fingida galantería con el andar de hombre de cromañón que tienes, tú y yo vamos a hablar largo y tendido sobre lo que es ciencia y no.

Sin dejar de sonreírle, en parte por la ocurrencia, en parte por lo dura que se la puso esa espontánea rebeldía, tiró del codo alzado de Marta, y sin dejar de zafarse de la maña destinada a su camiseta, sin decir nada posó su boca a la altura de la de ella sin tocar sus labios, para, lentamente, subir despacio y besar su frente.

-Ahora vengo -dijo cogiendo el camino hacia la barra.

En ese mismo instante, a kilómetro y tanto de aquel bar donde estaba empezando a nacer algo nuevo, en esa oscura parte de la ciudad cuyo reflejo intuía atisbos de felicidad y frutos secos, algo bien distinto a lo que siempre intentan vender se estaba cocinando.

-Tío, coge esas cajas y llévalas a la tienda.

-¿Qué son?

-Camisetas de talla infantil.

-¿Tienes algún plan para hoy? -preguntó el trabajador.

-Tenía, hasta que el cabrón del jefe me ha dicho que esta noche vendrá el veterinario, tiene que hacer no sé qué historia con los bichos, y yo tengo que vigilar por si pasa cualquier cosa.

-Qué putada -dijo riendo con empatía-. Deberías hacerle una visita a recursos humanos, no es normal el contrato que tienes.

-Como está la cosa, como mucho puedo aspirar a que me den la patada. Sí, seguro que lo disfrutarían... -farfulló el guarda de seguridad.

El trabajador de polo verde oscuro y pantalones caqui entró en la tienda de souvenirs con las cajas y avanzó hasta el almacén pasando por la puerta que había tras el mostrador.

-Aquí te las dejo, Nuria.

-Gracias, cariño -dijo la exuberante morena de ojos grises.

-De nada -dijo el joven con cara de bobalicón-. Oye, Nuria..., esta noche vamos a ir los del trabajo a dar una vuelta por ahí, si te apetece venir...

-Vale -aceptó sonriente-, estoy harta de salir con mis amigas y ver como se pasan la noche cazando tíos, supongo que un cambio de aires no me vendría mal.

-¡Claro, mujer! -exclamó intentando contralar su enfermiza alegría- Es solo una noche, ¿qué podría pasar?